



CÓMO HACER PARA VIVIR LA ESPIRITUALIDAD APOSTÓLICA

Carlos Palmés

En el campo apostólico hemos alcanzado grandes progresos en eficacia, organización, horas de trabajo, profesionalismo, dedicación abnegada, etc. Pero al mismo tiempo algunos experimentan un gran vacío. Todo esto puede quedar en una perfecta realización empresarial o en un profesionalismo de alta calidad, pero carente de espíritu.

La Espiritualidad Apostólica debe abarcar toda la persona y todos los aspectos importantes del seguimiento de Cristo; pero todo se enfoca desde la misión. Entonces cada uno de esos elementos toma connotaciones nuevas: la experiencia de Dios ya no pondrá el acento en

los rezos vocales y en los actos de piedad, sino en la oración personal y en el encuentro con Dios en la vida. La vida comunitaria ya no se centrará en la observancia regular, sino en las relaciones personales y en la misión. Los votos ya no serán solo expresión de la entrega a Dios, sino que adquirirán una dimensión social de compromiso con el hermano. El apostolado enfatizará el aspecto de la justicia, de la opción por los pobres, de la inculturación, en respuesta a las necesidades más urgentes de hoy.

Al abordar el tema de la Espiritualidad apostólica resaltamos por encima de otros aspectos el de la experiencia de Dios por ser el más importante y característico. Tiene como dos momentos: el encuentro con Dios en la oración personal, especialmente la contemplativa, y la extensión de este encuentro a la vida toda y muy especialmente a la acción apostólica.

La pregunta, pues, que nos hacemos es la siguiente: ¿Cómo formarnos para ser contemplativos también en la acción? En esta pregunta hay una palabra "inquietante" que es una interpelación a una praxis minusválida de entender el ser contemplativo en la acción. Es el adverbio también. Muchos se han engañado al interpretar que lo definitivo en nuestra vocación es trabajar por el Reino de Dios del rayar el alba hasta el anochecer. Es el gran pecado de la mayoría de los agentes de pastoral, un apostolado propio de "Tuncionarios" de la Iglesia. Si este trabajo no está acompañado de una vida entregada por amor, puede convertirse en una catarata de palabras que suenan huecas, porque no salen del horno, no salen impregnadas de convicción y de fuego. Dicen que lo importante es encontrar a Dios en todas las cosas, trabajar con recta intención; que obras son amores y no el perder tiempo en una oración ociosa, que para esto están las monjas contemplativas.

¡Engaño ingenuo! No es posible descubrir a Dios en todas las cosas sin ojos impregnados de fe y de amor; no es posible ser contemplativo en la acción sin antes ser contemplativo en la contemplación. Y siendo contemplativo en la contemplación, se podrá ser contemplativo *también* en la acción.

1. Ser contemplativos en la contemplación

A Dios no se le ve directamente en las personas y cosas. Las personas y cosas pueden convertirse en *signo* de la presencia amorosa de Dios cuando ya se le ha descubierto en la intimidad de la oración personal. Es gracioso, los discípulos, después de la Resurrección, no son capaces de reconocer a Cristo de buenas a primeras, a pesar de estar hablando con Él. María Magdalena lloraba su ausencia; Jesús se le presenta y lo confunde con el hortelano. Los discípulos de Emaús comparten con Él varias horas y lo confunden con un caminante cualquiera. Los Apóstoles escuchan su voz cuando desde la playa les pregunta si han pescado algo y lo confunden con un intruso que les da consejos desafortunados. Solo lo *reconocen* cuando Jesús repite el signo que los traslada al mundo de la fe y les descubre la realidad oculta de su presencia. Los de Emaús lo *reconocen* al partir el pan, porque en otras ocasiones había realizado este signo. Los Apóstoles lo *reconocen* cuando les dice que echen la red a la derecha porque en otra ocasión con estas palabras realizó el milagro. Y María Magdalena le *reconoce* cuando Jesús le llama "María" en el mismo tono de voz con que ella había saboreado el cariño de su intimidad.

No es fácil descubrir a Dios presente en las personas y en la realidad, si no se lleva dentro encendido el fuego de su amor. A Jesús no se le reconoce en la vida, si no se ha conocido y gustado antes el tono de su voz, de sus gestos y palabras en largas horas de contemplación. La contemplación en la soledad es el *Kairós* que *hace crecer en la fe y en el amor*, el que hace caminar hacia la identificación de criterios, de actitudes y de sentimientos con el Amado, el que introduce en el diálogo interior y sumerge en el Misterio del Dios inalcanzable. Luego vendrá el momento de la comunicación expansiva y del compromiso con el hermano, de la acción apostólica, del encuentro con Dios en la vida y de una nueva dimensión contemplativa.

Esta clase de oración no puede ser superficial, como "de relleno", oración "*de pajarito*" que va picoteando aquí y allá en rezos, actos de piedad, momentos de reflexión. Esta oración personal no se detiene en el saber, sino que lleva a *saborear*, a "*sentir y gustar de las cosas in-*

ternamente"; es la que conduce más directamente a la *conquista de la afectividad profunda* de la persona hasta llegar a un verdadero enamoramiento de Cristo, la que confronta a la persona con el Evangelio y con la realidad y al fin lo lleva a la *transformación de la vida*. Hoy muchos institutos religiosos han asumido el hábito de una hora de oración personal diaria y esto constituye la base de una vida espiritual profunda y consistente. Pero aun quedan bastantes que, por seguir sus tradiciones, apoyan su Espiritualidad sobre todo en actos piadosos y en rezos vocales.

Queda, pues, bien asentada la necesidad de ser contemplativo en la contemplación para encontrarnos con Dios en la vida y en la actividad apostólica. La contemplación personal en la soledad es la fuente y la contemplación en la acción es el río. Si se seca la fuente, se seca el río. Si la fuente es abundante y continua, el río se extiende y fecunda la vida.

En la formación hay que enseñar a descubrir a Dios presente en la realidad, pero esto no se logra a base de introducirles en técnicas ocultas o en trucos psicológicos. Se requiere más bien introducirlos en la "oración de corazón", en descubrir su presencia amorosa en todas las cosas para entrar en un diálogo de amor con Él, que esto es propiamente la oración.

2. Ser contemplativos también en la acción

Dios está en todas las cosas y en todas se le puede encontrar; pero sin duda hay lugares privilegiados donde Él se manifiesta más claramente. ¿Dónde encontrarle?

EN LA NATURALEZA. Es como un libro abierto, fácil de leer para quien tiene los ojos limpios. Contemplando una noche estrellada, la mirada se hunde en la cantidad inmensa de luces que brillan y se pierde en las distancias casi infinitas; una puesta de sol nos habla de la belleza fascinante y efímera de las creaturas; se descubre la maravilla de la vida vegetal en una espiga o una flor; los instintos y reacciones de un gato o de un picaflor. Y sobre todo, la maravilla del cerebro humano y la capacidad de la persona de amar y de ser libre. No es difícil

escuchar las palabras balbucientes que intentan hablar del Creador: "Y todos cuantos vagan, me dan de Ti mil gracias refiriendo, y todos más me llagan, y déjame muriendo, un no sé qué que quedan balbuciendo" (Juan de la Cruz).

EN LOS ACONTECIMIENTOS de una realidad social gritante que reclama justicia y solidaridad y los sucesos alentadores que son fruto de la entrega generosa de muchos hombres y mujeres de buena voluntad. Y también los hechos insignificantes de cada día; en los que un espíritu sensible descubre las filigranas de una historia de salvación. Entran aquí también los grandes acontecimientos que llamamos "sig-nos de los tiempos" y que marcan toda una época, como la rebeldía de la juventud frente a la corrupción y la guerra; la pobreza institucionalizada e injusta del Tercer Mundo; el enfriamiento y la pérdida de la fe donde impera una prosperidad materialista; la sed de Dios de las muchedumbres que se preguntan por el sentido de la vida...

EN LAS PERSONAS. Dios está presente en este ser tan admirable y frágil, en el que ha reunido, como en un estuche, todas las perfecciones dispersas en la creación. Lo ha coronado de gloria y dignidad, lo ha hecho Hijo de Dios. Y al mismo tiempo, él se ha hecho pecador y contradictorio. Un ser de grandes aspiraciones y capacidades y cuarteado por las enfermedades y por la ignorancia. Dios se ha encarnado en el corazón de cada persona. Por eso se le puede descubrir en cada hermano que se cruza en el camino, pero sobre todo en el rostro sufriente de los pobres hambrientos, de los desilusionados por los políticos, de los humillados por su cultura, de los aterrorizados por la violencia, de los menores abandonados, de las mujeres postergadas, de los inmigrantes rechazados, de los que padecen carencia espiritual, moral, social y cultural (Cfr. SD. 178).

EN MÍ MISMO. Con más facilidad encontramos a Dios en el hermano que en nosotros mismos. Pero cuando va creciendo la sensibilidad espiritual llega un momento en que se le descubre en lo más profundo del propio ser. "Te buscaba fuera y estabas dentro de mí". Es lo que le sucedió a San Agustín: "Dios es más íntimo a mí mismo que mi misma intimidad". Allí de donde brotan los anhelos más personales, las

ansias de un amor insaciable, donde se escuchan los gemidos del Espíritu que clama "Abbá, Padre", está Dios presente como en un templo vivo. "*¡No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu habita en vuestros corazones!*" (1Cor. 3,16). Él conoce lo que pienso, me abraza por detrás y por delante (Sal. 139).

EN LA PALABRA. Allí le buscamos cada día. Por la Sagrada Escritura "*el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos*" (DV 21). Además del sentido objetivo que contiene la Escritura, hay también una palabra inagotable que atraviesa los siglos y nos habla a cada uno con un sentido nuevo en cada circunstancia de nuestra historia personal y colectiva.

EN LA EUCARISTIA. Sobre todo al celebrarla por la mañana, se convierte en alimento para el camino; es fuente de vida, de fe, de fuerza, de amor. Celebrada al fin del día, es la "cumbre" adonde llegan todos los afanes y trabajos del día convertidos en historia de salvación. Y en todo momento es presencia amorosa, intensificación sacramental de su continua manifestación en nuestras vidas.

a) El apóstol contemplativo

San Ignacio de Loyola contribuyó a dar un vuelco al estilo de Vida Consagrada al desbancar la observancia regular del centro de la V.R. para colocar en su lugar la misión evangelizadora. El apóstol, urgido por el anuncio de la Buena Nueva, no podía dedicar largo tiempo al canto de las horas canónicas y a la contemplación. Pero tampoco podía renunciar a ser contemplativo. El P. Nadal, compañero de Ignacio, y el que mejor comprendió su mente revolucionaria, lo describió como un "místico de la acción" y dijo que su Espiritualidad consistía en "ser contemplativo en la acción". Es una nueva expresión de lo que San Ignacio afirmaba de sí mismo, que le era fácil "encontrar a Dios en todas las cosas". El explicitó un nuevo camino de oración que ya estaba latente en muchos y que empalma directamente con el que había ejercitado San Pablo y sobre todo el mismo Jesús. San Pablo lo expresaba diciendo que había que "orar sin intermisión". Es el encuentro con Dios que se extiende a todo el tiempo –sin intermisión– y a todo lugar, en todas las cosas.

b) ¿Es posible?

¿Acaso le es posible tener la mente fija en Dios a quien está ab-sorto por un intenso trabajo apostólico? Algunos entendieron la conti-nuidad materialmente –sí los Masilianos en el siglo V– y dejando toda actividad se iban al cerro a rezar salmos y oraciones vocales. Pero al atardecer sentían hambre y bajaban a la ciudad a pedir limosna. La gente se escondía para no encontrarse con esos "ociosos". Tampoco es posible conseguir una continuidad psicológica sin poner en peligro la salud mental y la seriedad en el trabajo, ¿Cómo lograr, pues, ser contemplativos también en la acción?

La solución está *en el campo afectivo*. Hay que llegar a vivir en "un estado de amor" a Dios y al hermano que facilite y vuelva, incluso gozoso y necesario, el encuentro con Dios en todas las cosas y perso-nas. No es tan difícil para quien tiene el hábito de la oración personal, porque ella va llevándole a un intenso crecimiento en la fe y el amor hasta llegar a una estabilidad afectiva centrada en el Señor y en las cosas de su Reino. Es como el estado afectivo en que vive una madre respecto de su hijito. No es que ella esté pensando continuamente en él; tiene muchas cosas en qué pensar. Pero tiene una profunda vincu-lación afectiva con su hijo qué hace que todo lo que le sucede a él repercute en ella en forma de amor. Si el niño se ha herido y viene llorando, la madre sufre y lo abraza. Y si viene feliz contando el premio que le han dado en la escuela, la madre se siente más feliz que si ella lo hubiera recibido.

En el Religioso que vive en "estado de amor" todos los aconteci-mientos adquieren un sentido religioso, le *religan* afectivamente y le ponen en comunicación con el Señor. Pero para llegar a la cumbre es preciso emprender la ascensión que suele ser larga y penosa. Para llegar al estado de amor es necesario pasar por la "*conversión afecti-va*". El crecimiento en el amor –resultado de la oración contemplativa y de la acción apostólica– lleva a salir de sí mismo para vivir solo para el Señor y para los hermanos. La conversión está hecha cuando el Reli-gioso ya no tiene intereses personales ni ambiciones de poder ni de dinero. El amor ha ido invadiendo el corazón y todo él queda empapa-

do por los intereses del Reino de Dios. Ahora experimenta que la fe se ha robustecido y que encuentra a Dios con más frecuencia y que sabe descubrir en el sufrimiento su sentido salvífico. Y sobre todo experimenta que ama más a los otros, que tiene más espíritu de servicio, que sabe ponerse en la situación del hermano, que va creciendo la sed de Dios y la necesidad de entregarse en cuerpo y alma.

Nos gustaría *saber si ya se ha realizado en mí* esta conversión. No es difícil comprobarlo. En esos momentos de distensión y tranquilidad, en que no tengo una preocupación inmediata, cuando me pongo a soñar despierto, ¿hacia dónde vuela espontáneamente el corazón? Si yo sigo siendo el centro de mis intereses y preocupaciones, el corazón dará vueltas sin cesar alrededor de mí y de mis cosas. Pero si el centro de mi atención y afecto es el Señor y los demás, será indicio de que mi corazón se ha convertido. Ya no vivo para mí, ya mi vida dejó de estar centrada en el egoísmo y se ha centrado en el amor.

c) Modo concreto de realizar la contemplación en la acción

LA FORMULA DOMINICANA. Desde el siglo XIII los Dominicos utilizan un lema iluminador: Se retira uno a la soledad para encontrarse con Dios en la intimidad de la oración personal. Allí se llena el corazón de amor y de fe y se siente la necesidad de hacer partícipes a los demás de esa buena noticia. Y se lanza a la acción apostólica. Esta es la única fuente de fecundidad apostólica. La misma que Juan practicaba y nos enseña: *"Lo que hemos visto y oído, lo que hemos tocado con nuestras propias manos, el Verbo de la vida... esto es lo que os anunciamos"* (1Jn 1, 1). Solo quien ha tenido una profunda experiencia de Dios es capaz de transmitirla. El apostolado no consiste en hacer cronogramas y en repetir lo que dicen los libros, sino en comunicar la vivencia de Dios que se ha experimentado personalmente.

d) Necesario, pero no suficiente

Por más bella que sea la fórmula expuesta, no parece suficiente para quien dedica la mayor parte de su tiempo a la acción apostólica. En ella se pasa de la contemplación a la acción y de la acción a la

contemplación. Pero se da aún una cierta dicotomía. En la contemplación me encuentro con Dios y llevo esta experiencia a los demás. Pero en la acción voy sintiendo un desgaste que me hace volver a la oración. Es como llenar los depósitos en la contemplación y luego despararramar el agua en la acción y quedarse vacío. Ahora bien, Dios está en todas partes. ¿No habrá un modo de hallarse con Él al encontrarse con el hermano? ¿No nos revelará el Señor el último día que era Él el encarcelado y el enfermo que visitamos? Por eso es preciso dar un paso más.

e) Ser contemplativo también en la acción

No es necesario retirarse a la soledad para encontrarse con Dios, como si sólo habitara en el desierto; también está en medio del bullicio de la vida, aunque tal vez haya que tener un oído más fino para reconocer su voz. Para quienes tenemos una vocación apostólica, la acción debe ser un lugar privilegiado del encuentro con Dios. En **VC 74** también se habla de este tema, pero lamentablemente no se le da la relevancia que merece ni se da una explicación adecuada. Solo se hace alusión a una frase de San Ignacio que habla de cultivar una sólida Espiritualidad de acción, "viendo a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Dios". La frase exacta está en las Constituciones de la Compañía de Jesús (**1288**) y dice así: "Poner el amor en el Creador de todas ellas (las creaturas), a Él en todas amando y a todas en Él". Es importante subrayar que no sólo se trata de ver con una mirada de fe, sino de amar a Dios en todas las cosas y a todas las cosas en Dios. Porque es el amor el que logra la integración y la unidad de las diversas actividades y de la vida toda.

En el proceso de vida de oración se van uniendo cada vez más *oración* y *vida*. La vida misma se convierte en materia de contemplación al descubrir a Dios amorosamente presente en ella. Esto no absorbe la atención que hay que poner en la actividad que se realiza, pero sí me pone en un contacto instantáneo con El, tal vez sin palabras. Se puede describir como en tres pasos:

1. En un primer momento la persona tiene como una *conciencia difusa* de la presencia de Dios, algo así como una música de fondo que crea un ambiente cálido.
2. El segundo paso es el de la oración propiamente tal, "*un diálogo flash*", al ponerse en contacto con Dios, tal vez con una palabra interior: gracias, ayúdame, ilumíname, consuélalo, cúralo... según la situación.
3. Luego, al fin, se continúa la acción *colaborando* en la obra salvífica que el Señor está realizando en el corazón de cada persona. Es tomar conciencia de estar actuando como instrumento en manos de Dios y poner toda la atención y empeño en la realización de lo que se está haciendo.

¿DÓNDE ESTA DIOS? Al fin y al cabo es más fácil descubrir las huellas de Dios en la belleza, en la bondad, en la verdad, en la generosidad de las personas. Pero cuando Caín asesina a su hermano inocente, cuando se oprime al débil, cuando se condena a millones de hermanos a la pobreza... ¿dónde está Dios? ¿Es posible encontrarlo? Sí, allí está Dios estupefacto e impotente ante el hijo rebelde. Él se ha comprometido a respetar nuestra libertad, pero nos llama –como a Moisés– para ser liberadores del pueblo. Entonces su voz es de *protesta* contra un mundo mal hecho por el egoísmo humano y nuestro encuentro con Él se da cuando nos ponemos a trabajar por transformar esta historia satánica en historia salvífica. Y entonces el contemplativo en la acción se convierte en *contemplativo en la liberación*.

f) La revisión de la jornada

Un complemento de la oración personal es el examen general al terminar el día. No es un mero recordar las faltas cometidas. Lo más importante es, en un primer momento, *recorrer la historia de salvación* que Dios ha realizado en mi y a través de mi. Descubrir su presencia amorosa cuando hablé con aquella persona, o cuando se dio aquella "casualidad", o cuando me ocurrió aquel percance, o cuando me agradecieron lo que hice por ellos... Esta reflexión al fin del día empalma con la oración que hice en la mañana y hace brotar espontáneamente

la *acción de gracias*. Todo el día estuvo repleto de la Presencia amorosa de Dios. Además, claro está, también tengo que examinar mi falta de correspondencia al Amor, darme cuenta de mis deficiencias y fragilidades para pedir perdón y procurar superarlas en el futuro.

Todo lo expuesto puede parecer demasiado, complicado o difícil de alcanzar para quien está sobrecargado de trabajo y preocupaciones. Yo le respondería: ama y verás que no solo es fácil encontrar a Dios en todo, sino que se vuelve una necesidad cada vez más apremiante y gozosa. La dificultad la tiene el que ha ido bajando en su nivel espiritual y se ha enfriado en el primer amor. Hoy el Religioso no se puede permitir el lujo de una vida mediocre. Aquella famosa frase de K. Ralmer se aplica con mayor razón al Religioso: al fin del siglo "el cristiano será un místico o no será cristiano". En la situación de una cultura postmoderna, del hombre descafeinado, de la pseudoreligión de la *New Age*, el Religioso o vivirá radicalmente el Evangelio o nada tendrá que decir al mundo actual.

g) La puerta de entrada

Para llegar a ser contemplativo en la acción no se requiere tener arrebatos místicos ni cargarse de cilicios. El secreto está en algo más simple y más evangélico: la limpieza de corazón. "*Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios*". Y lo verán no solo en el cielo, sino en la tierra. Serán capaces de descubrirle espontáneamente en cada flor, en cada acontecimiento y en cada persona... El mundo se les hará transparente.

¿Qué significa tener limpio el corazón? Lo entendemos al ver ciertas personas a las que se les ve libres de intereses personales, siempre disponibles para ayudar y para hacer el bien. Tener limpio el corazón significa *tener una sola intención, buscar exclusivamente el Reino de Dios*. Y, por tanto, desechar las segundas intenciones egoístas que contaminan las mejores obras. Dar una limosna al necesitado es una buena obra, pero si lo hago para que vean que soy bueno, lo echo a perder todo (Mt. 6, 2). De ahí la importancia de la *abnegación*. Es esta una palabra antipática, pero muy evangélica. La abnegación no es

sino la otra cara del amor. Se requiere renunciar a muchas cosas y aun a sí mismo para que el amor a Dios y al hermano invada el corazón y para que la persona entera quede absorta por los intereses del Reino de Dios... Este amor es el que unifica la vida y conduce a la experiencia habitual de Dios en todas las cosas

